

El Comercio.

N.º 2716.

MARTES 12 DE FEBRERO DE 1950.

5 ctos.

CÁDIZ 12 DE FEBRERO.

BENEFICENCIA.

ARTICULO V.

En los artículos anteriores hemos contestado á todos los argumentos serios que ha presentado EL NACIONAL, para demostrar que las hijas de la caridad no deben continuar en el Hospicio. Ahora tenemos que hacernos cargo de las indicaciones hechas por el periódico progresista sobre la situación del establecimiento y la asistencia de los albergados.

Conviene ante todo recordar lo que nosotros hemos dicho desde el primer día que empezamos á ocuparnos de estas cuestiones. En el Hospicio hay algo que corregir, hay algo que enmendar. Estamos muy lejos de creer que esta mansión de caridad haya llegado á un punto de apogeo de donde ya no pueda pasar. No seremos nosotros los que al cuadro exageradamente triste que nos ha bosquejado EL NACIONAL, pongamos un cuadro exageradamente lisonjero. No; el Hospicio es un buen establecimiento de beneficencia; es un establecimiento que hace honor á Cádiz; pero su administración es susceptible de mejoras que estamos seguros se realizarán y que hoy mismo se están realizando. Esta es la verdad.

Hasta ahora lo que ha ocupado, lo que debía ocupar en primer término la atención, era la necesidad de salvar al Hospicio y á las demás casas de beneficencia de Cádiz de la ruina que les amenazaba. Nadie ignora que la beneficencia estaba no ha mucho tiempo poco menos que arruinada. Por causas independientes de la voluntad y de los esfuerzos de los dignos individuos que componían la junta del ramo, habían menguado los recursos con que antes se contaba para sostener los establecimientos, en la cuantiosa suma de veinte y cinco mil duros anuales; á fuerza de celo y de economía había podido reducirse el déficit á quince mil duros y no habiendo de donde sacar esta cantidad, nacían de aquí dificultades graves y conflictos diarios que preocupaban vivamente á la administración.

En este estado las cosas se hizo cargo de ella el señor alcalde, y sus primeros cuidados, sus constantes esfuerzos se encaminaron desde entonces á mejorar una situación tan angustiosa. Hase conseguido fácilmente el objeto importante de tantos afanes: el déficit ha desaparecido; se ha pagado hasta el último real de los crecidos débitos que el ramo tenía contra sí; pero para esto ha sido necesario, por una parte, llevar las economías á un punto que nosotros no creemos conveniente por regla general y consagrar, por otra, exclusivamente á la cuestión de recursos, á la cuestión de dinero, los cuidados que en una situación más desahogada se habrían consagrado también á la mejora interior de los establecimientos.

Esa es la principal, sino la única causa, de que en el Hospicio se hayan notado faltas que nosotros los primeros reconocemos, faltas que habrían sido mayores sino hubiesen estado allí las hijas de la caridad. El gran pecado de las

hijas de la caridad no es otro (lo decimos con la más íntima convicción) que haber cortado muchos abusos, haber remediado muchos males y haber creado por esto mismo algunos descontentos que predicán una cruzada contra ellas en la población. No vaya á creerse que al decir esto aludimos precisamente á EL NACIONAL. Hacemos á nuestro colega la justicia de creer que no defiende en este asunto intereses personales: defiende, sí, una mala causa; pero la defiende porque á ello le impulsan preocupaciones de partido contra la institución de las hijas de la caridad é informes equivocados que recibe por conducto de personas que dan demasiado crédito á las habillitas del vulgo. — Dicho esto, vamos á rectificar brevemente lo que sobre el estado interior del Hospicio ha dicho en sus artículos el periódico progresista.

Los niños están mal vestidos, descalzos unos, desabrochados otros por carecer de botones con que abrocharse. — No es cierto: los niños cuando van á la escuela ó salen á la calle se presentan pobre, pero decentemente vestidos: lo que hay de cierto es que por razón de economía usan de un vestido viejo cuando se ocupan en limpiar sus departamentos.

La mayor parte de los niños están pálidos y macilentos: algunos enfermos de los ojos y otros con escrófulas. — Ahora y siempre entre los albergados del Hospicio, los ha habido y los hay de mal color y con enfermedades crónicas, que no provienen seguramente del mayor ó menor cuidado con que se les trata, sino de la triste herencia que les han dejado los vicios de sus padres. Para los que sepan que los infelices seres de la inclusa pasan á cierta edad al Hospicio no puede ser extraño el hecho, que como un cargo contra la administración cita EL NACIONAL:

En la escuela se ha suprimido el esterado que siempre se conservó en aquel local para librar á los niños del peligro de contraer enfermedades. — Ni en la escuela están siempre los niños ni necesitan participar allí de la humedad del piso, porque los asientos que tienen son demasiado altos.

Ha desaparecido la inmemorial costumbre de sacar á los niños al sol durante el invierno y de llevar á las niñas á la azotea. — Podrá ser verdad que esta costumbre haya estado algún tiempo interrumpida, pero ahora no lo está ciertamente. Los niños y las niñas salen los días que lo permite la temperatura.

La mayor parte de las niñas se hallan sin medias. — No es cierto. Al entrar las hermanas en la casa no tenían las niñas medias con que mudarse: hoy las tienen y las usan siempre.

Se les ha suprimido el maestro de primeras letras que las enseñaba á leer, escribir y los primeros rudimentos que forman la base de una esmerada educación. — Efectivamente, la educación de las niñas en virtud de orden del gobierno político, está á cargo de dos hermanas. No se olvide que estas, con arreglo á sus estatutos, deben enseñar á las niñas de los Hospicios ó casas de misericordia las labores propias de su sexo, cuales son hacer calceta, coser, marcar, bordar &c., el leer, escribir, contar,

principios de urbanidad y de gobierno para dirigir bien una casa ó familia.

Las cuatro enfermerías se hallan mal montadas y así es que los albergados que enferman se resisten á ir á ellas, siéndoles muy doloroso el verse obligados á ello. — Muy doloroso les será en efecto, porque á nadie le agrada padecer, pero no es cierto que las enfermerías estén mal montadas y en cuanto á la asistencia de las hermanas la muerte reciente de una de ellas, por efecto de su excesivo celo, y el testimonio mismo de EL NACIONAL que confiesa la utilidad de sus servicios en los hospitales, nos escusa de entrar en detalles.

No sucedía esto (el mal estado de la enfermería) antes que viniesen las madres, porque entonces había en cada uno de los departamentos personas encargadas exclusivamente de velar. — Lo que había antes en la enfermería era el mayor descuido: los veladores eran unos ancianos que no cumplían bien sus obligaciones: ahora el servicio no está desatendido, pues hay dos hermanas veladoras y un enfermero.

La enfermería de ancianas con especialidad se halla en el mayor abandono, pues además de que en ella se observa falta de paños, saleas &c., no se les hace la cama tres veces al día como ha sido costumbre. — Si hay falta de ropa ó de enseres, esta no es culpa de las hermanas sino de las circunstancias. Ya hemos dicho por qué el establecimiento no ha podido ser atendido hasta ahora como hubiera sido de desear. Por lo demás nunca se ha hecho tres veces la cama á las ancianas, ni esto se acostumbra en ninguna parte sino en casos particulares.

Para probar la certeza de las faltas que se deploran, pídase nota de los albergados que han fallecido de dos años á esta parte, compárese con la de otros años y se verá la no insignificante diferencia que resulta. — Lo que hay de verdad en esto es que en el año de 1847 se aumentó la mortandad, lo cual debe atribuirse á que la carestía y la falta de recursos obligó á suprimir en parte la condimentación de sustancias animales. En el día la mortandad es menor que en otros años.

Se pasan con bastante frecuencia hasta dos semanas sin vestir de limpio á los pobres. — Tampoco esto es cierto y es la única contestación que podemos dar en razón á lo vago de la acusación.

Se ha hecho abandono de la mayor parte de los telares que había en el Hospicio. — Los telares están bajo un pie que nada dejan que desear y lejos de haberse suprimido han tenido aumento.

La cocina se halla encomendada á un gallego que jamás ha sido cocinero y al cual ayudan cuatro ó cinco dementes de los muy pacíficos. — En la cocina no hay uno sino tres gallegos; pero estos no hacen más que ayudar porque las hermanas son las que, con arreglo á sus estatutos, guisan y sazonan. No hay dementes en este departamento que está hoy como nunca en cuanto al aseo y buen servicio.

El alimento señalado en las tarifas se ha disminuido algo y de aquí la palidez que se

